

3 Biblioteca Nac.

EL CATÓLICO.

PERIÓDICO RELIGIOSO, CIENTÍFICO, LÍTERARIO Y DE VARIEDADES.

REPÚBLICA DEL SALVADOR EN CENTRO-AMÉRICA.

Año VIII—Tomo VIII | San Salvador, Domingo 25 de Marzo de 1888. | Serie XXVII—N. 324

REDACTOR Y EDITOR RESPONSABLE

José Antonio Aguilar.

CIRCULAR

del Muy Ilustre Señor Vicario Capitular.

San Salvador, Marzo 15 de 1888.

Señor Cura Párroco de.....

A pesar de la severidad y frecuencia con que los Ilmos. señores Obispos, Zaldaña y Cárcamo, prohibieron las velaciones de imágenes que se hacen de noche, principalmente en la Semana Santa, dicho abuso no ha desaparecido del todo en esta Diócesis.

La falsa piedad que pretende arreglar los actos del culto, más por los deseos de su propia voluntad que por las reglas establecidas por la Autoridad representante de Jesucristo para el régimen de la Iglesia, ha opuesto siempre resistencias á aquella prohibición ó pretestado motivos más ó menos especiosos para eludirla.

Es bien notorio que dicha prohibición diocesana se funda, no solo en el espíritu y en la letra de las disposiciones canónicas, que prohíben, por el enfriamiento de la piedad, las reuniones y vigiliias nocturnas que antiguamente se hacían en los templos con tanto fervor y edificación, sino además en las dolorosas experiencias que dichas velaciones han dejado y dejan entre nosotros.

En efecto, se observa con dolor que en esos actos sagrados, destinados al recogimiento y á la oración, son tantos y tales los escándalos y sacrilegios que se cometen, que se han convertido en ocasión para que el espíritu mundano insulte á Dios aun en los mismos templos, y en las circunstancias en que debiera recibir mayor ex-
piación y adoración.

El Venerable Cabildo Eclesiástico en su sesión del 8 de Marzo, considerando los desórdenes y abusos que se cometen en las velaciones nocturnas, y principalmente en las de Jesús Nazareno, que se hacen respectivamente en la Merced el Martes Santo y en San Esteban el Jueves Santo,

nos ha excitado á que renovemos y recordemos á los señores Curas Párrocos la prohibición de todas las velaciones de imágenes en la Semana Santa y en especial la de las dos mencionadas.

Nos acojimos con el mayor gusto esta excitativa del Venerable Cabildo Eclesiástico, tan fundada en las leyes de la Iglesia, y tan conforme con nuestros personales deseos, de que el culto del Señor jamás sea profanado con actos contrarios á la verdadera piedad.

Por tanto, y en virtud á las presentes letras, Nos renovamos la antigua prohibición á las velaciones de imágenes, que suelen tener lugar de las 6 de la tarde en adelante, y de un modo especial las de Jesús Nazareno en la Merced y San Esteban; encargando á la conciencia de los señores curas el estricto cumplimiento de esta ley diocesana.

No siendo nuestra intención disminuir en manera alguna la devoción de los fieles por aquellas sagradas imágenes, que representan los misterios de la Pasión de Nuestro Divino Redentor, ni impedir los actos piadosos con que las veneran, los señores curas dispondrán que dichas imágenes estén expuestas durante el día á la veneración pública, para que todos puedan satisfacer su piedad; pero que, al sonar el toque del *Angelus*, se cierren las puertas de la iglesia, y no permitan en las horas siguientes, la asistencia á los templos por motivo alguno.

Concluimos recomendando á U. la lectura de la presente *inter missarum solemniam* el día festivo inmediato de su recibo, para que lo dispuesto llegue á noticia de todos los fieles.

Dios guarde á U. muchos años.

Miguel Vecchiotti.

Semana Santa.

Dos grandes semanas se cuentan en las edades del mundo: aquella en que Dios le sacó de la nada, y cuyos días fueron señalados con otros tantos milagros de poder, y aquella otra en que el mismo Dios le restauró y purificó, devolviéndole su santidad primitiva con la sangre y muerte de su Hijo, y cuyos días son contados con otros tantos milagros de amor.

Esta última semana es incomparablemente *mayor* que la primera, porque mucho mayores son los prodigios del amor divino obrados en la universal restauración del mundo y en la redención del hombre, que los prodigios del poder divino manifestados en la obra de la creación y ordenación del universo.

En otro tiempo, los días todos de esta gran semana, y los de la siguiente de Pascua, eran de fiesta, y en ellos se suspendían los trabajos serviles, los negocios ordinarios y de comercio, y los asuntos judiciales. Las leyes romanas, dadas en tiempo de los emperadores, confirmaron con sus decretos y sancionaron con penas civiles, este laudable precepto de la Iglesia, como se ve en los llamados códigos de Teodosio y Justiniano.

A estas leyes se refiere S. Juan Crisóstomo cuando dice: "No son únicamente los pastores de la Iglesia y los predicadores, quienes recomiendan á los fieles la veneración y santificación de esta semana; pues que los emperadores prescriben también este deber á todos los pueblos de la tierra, . . . á fin de que estos santos dias sean exentos de turbación y disputa, del engorro de los procesos, y de toda perturbación que pueda servir de obstáculo para consagrarlos á la piedad, á los ejercicios de religión y al bien espiritual de las almas."

Según la actual disciplina de la Iglesia universal, ya no son días festivos ó de guarda los de la semana santa, al menos por ley ó derecho escrito; pero por la ley no escrita, ó sea por inmemorial y legítima costumbre, lo son en varios puntos ó regiones del orbe cristiano el jueves y viernes, y aun el sábado de gloria hasta terminarse los divinos oficios, como sucede generalmente en toda la España y en los países todos, como el nuestro, de la que fué América española.

No solo esto, sino que piadosamente se tiene y cree por lo general en estos mismos lugares, y especialmente entre nosotros, que la observancia de estos dias es todavía mas estricta y rigurosa, que la de los domingos del año.

Como los cristianos estamos obligados á observar los preceptos de la ley no escrita, ó de la legítima costumbre, del mismo modo y en los mismos términos que los de las leyes escritas, no hay duda que estamos canónicamente obligados á la observancia de los expresados dias de la semana santa.

La veneración que estos dias inspiran es tal, que en algunas repúblicas de la América española, aun despues de proclamado el principio de la separación de la Iglesia y el Estado, y suprimidos los otros dias festivos para los efectos civiles, han conservado por ley expresa la observancia de los mismos, suspendiéndose en ellos el despacho de los negocios administrativos y judiciales, así como tambien las transacciones comerciales y la asistencia á las escuelas y colegios.

En los países protestantes se celebran ordinariamente estos mismos dias con gran devoción y recogimiento, consagrándolos á la oración, á la penitencia y á la contemplación de los augustos misterios de la redención humana.

Con sobrada razón deben, pues, los católicos guardar los dias mayores de la semana santa, procurando asistir en ellos á los divinos oficios y á la predicación de la divina palabra, no por mera distracción, curiosidad ó pasatiempo, sino llevados de aquel espíritu de cristiana piedad, con que debemos ver en las ceremonias del culto, que en tales dias son mas imponentes y augustas, el cumplimiento de las profecías y la simbólica expresión de los misterios, que mas de cerca se refieren á la redención del hombre.

"El Eco de la Religión"

La Redención.

En los dias de la semana santa, todos los fieles del orbe cristiano concurren á las iglesias, para hacer un piadoso recuerdo y contemplar devotamente los augustos misterios contenidos en el gran misterio de la redención del hombre, obrada por Jesucristo.

Este misterio es el misterio del Dios hombre, muerto en la cruz para salvar y redimir á los hombres; esto es, para borrar nuestros pecados, librarnos de la muerte eterna y hacernos merecedores de la suprema felicidad del cielo.

La redención del mundo por Jesucristo es el misterio por excelencia del cristianismo, y á él se dirigen y por él se explican todos los demas misterios de esta religión divina.

Ese inocente Cordero, *sacrificado desde el origen del mundo*, como nos dice S. Juan en el Apocalipsis, es el centro de la religión verdadera, que sobre la tierra ha existido desde la cuna misma del género humano. Los siglos todos, y todas las generaciones, han visto en Jesucristo al reparador y restaurador del universo, al mediador soberano que restablece entre el cielo y la tierra, entre Dios y el hombre, la comunicación íntima y estrecha, que hizo desaparecer el pecado. Por esto nos dice el Apóstol: *Cristo ayer, Cristo hoy, Cristo en los siglos de los siglos.*

Todas las falsas religiones positivas, que no son mas que desviaciones de la única religión verdadera, profesan el misterio de la redención por Jesucristo, hijo de Dios, mas ó menos desfigurado por la mitología y la fábula, ó por las tradiciones falsas y corrompidas, y la ignominia de las pasiones.

Despues de su vida pública, llena de prodigios, y de tres años y medio de predicación constante, Jesucristo dió principio á su pasión dolorosa con los grandes sufrimientos del huerto de Getsemaní ó jardín de los olivos. Allí fué entregado pérfidamente por Judas en manos de sus enemigos, y conducido como vil malhechor á casa de los sumos pontífices Anás y Caifás, y al dia siguiente al palacio de Pilatos, gobernador romano, para ser juzgado.

Fué negado por san Pedro, abandonado de sus discípulos, abofeteado y escarnecido, escupido, azotado y coronado de espinas, y por último llevado con una pesada cruz sobre los hombros á la cima del Calvario, cerca de Jerusalén, donde murió crucificado en medio de los crueles tormentos, y de los mayores dolores é ignomias.

Dos insignes ladrones fueron con él crucificados: el uno á su derecha y el otro á su izquierda.

Suspense allí entre el cielo y la tierra, abrió sus brazos para acoger con el perdón á todas las generaciones humanas, á quienes ofreció sus padecimientos, su sangre y su vida misma, para rescatarlas de la muerte eterna y del pecado. Despues de tres largas horas de penosísima agonía, entregó su alma santísima en manos de su Padre, diciendo en alta voz al morir:—*Todo está consumado!*

Al pié de la cruz se hallaron la virgen María, san Juan, María Magdalena y las otras santas mujeres.

El buen ladrón, arrepentido y perdonado de sus pecados, fué el representante de los justos y de los elejidos, esto es, de todos los que debían aprovecharse de la sangre y de la muerte del Redentor; el mal ladrón, que murió impenitente é incorregible, representaba á todos aquellos que desgraciadamente no saben ni quieren aplicarse á sí mismos los frutos saludables de la redención.

El alma de Jesucristo se separó de su cuerpo en el momento de su muerte, y su divinidad permaneció unida al alma y al cuerpo, aun despues de separados

El cuerpo de Jesucristo ya muerto fué desclavado de la cruz y depositado en un sepulcro nuevo, que los judíos cerraron muy bien é hicieron custodiar por soldados.

Su alma bajó á los infiernos para consolar á los justos, que en el limbo aguardaban ansiosamente su venida.

Jesucristo instituyó la víspera de su muerte el adorable sacramento de la Eucaristía, en el cual se quedó perpetuamente con nosotros para servir de alimento espiritual de nuestras almas, y para continuar en una forma incruenta ó sin derramamiento de sangre, el sacrificio del Calvario.

Tal es, sencillamente explicado, el gran misterio de la redención.

"El Eco de la Religión"

ALMA ARREPENTIDA

A LOS PIES DE CRISTO CRUCIFICADO.

Si para amarte, corazón de fuego
Me diste, Jesús mío, con largueza,
¿Por qué al considerar tu gran fineza,
Prendado de tu amor no queda luego?

En medio de la luz, ¿por qué estoy ciego?
¿Rico pudiendo ser, vivo en pobreza?
¿Me envilezco, abrazando la vileza;
Ni escucho de tu voz el blando ruego?

¡Imán de corazones! ¡Dueño mío!
Si el volcán de tu pecho no me inflama,
¿Por qué el aura vital respirar quiero?

Acabé ya mi loco desvarío:
O de tu amor abrázame la llama,
O de dolor ante tus plantas muero.

J. de V.

El huerto de Gethsemaní.

Durante la oración del Señor bajo los olivos de Gethsemaní, la más cruel agonía se apoderaba de su alma.

Un sudor frío corría por su rostro; temblaba como bajo la acción de fiebre violenta.

Se levantó, y sus piernas flaquearon, casi á punto de no poderle sostener; sus mejillas estaban pálidas y el cabello en desorden erizado sobre su cabeza.

Se separó del sitio en que oraba, y vino á donde estaban Pedro, Juan y Santiago el Mayor; los que, sucumbiendo á las fatigas y pena inmensa que les traspasaba el alma, se habían quedado dormidos.

Jesús, viéndolos así, cruzó las manos con doloroso estremecimiento, y lleno de amarguísima ternura, dijo:

—¡Simón, tú duermes!

Los tres apóstoles se despertaron; y alzando la cabeza, vieron al Señor á la claridad de la luna, y oyeron que continuaba:

—¿Así, no habéis podido velar una hora conmigo? Velad y orad, para que no entreis en tentación.

La fisonomía de Nuestro Señor se hallaba tan alterada, que apenas podía reconocérsele.

Los ocho apóstoles que quedaron más lejos no durmieron. La tristeza con que el Señor había dicho las palabras que les dirigió durante la cena, les tenía inquietos, y andaban de un lado á otro por el monte Olivete, discurriendo un medio de evitar el próximo peligro.

Jesús, entre tanto, volvió á orar á su Padre celestial, y una nueva agonía se apoderó de todo su ser. Los

dolores de la próxima Pasión le aparecieron más vivos, y se resintió su santa humanidad al terror de un hombre que prevé una serie de torturas indecibles, que no puede evitar. La emoción fué tan grande, que brotó la sangre de sus poros, mezclada con el sudor, y humedeció la tierra. Jesús cruzaba las manos, y alzando los ojos al cielo, inundaba su rostro, cayendo de la frente en espesas gotas la sangre y su sudor.

—¡Padre mío (exclamaba), si no puede pasar este cáliz sin que yo le beba, hágase tu voluntad!

Nuestro Señor, levantándose al fin, halló en sí nueva fuerza en la resignación del justo, y enjugando su divino rostro, recobró su dignidad; y aceptando el sacrificio, fué á reunirse con los Apóstoles, y les dijo:

—Levantaos; vamos, ved que ha llegado el que me entrega.

—"Señor (le contestó Pedro con energía), voy á llamar á los otros, y podremos defendernos.

Jesús, por toda contestación, les hizo mirar señalándoles al otro lado del valle.

Los apóstoles quedaron aterrados.

El tumulto aumentaba por instantes. Varias teas, alzando un humo negro y claridad rojiza, iluminando los grupos de gente amotinada, se levantaban y se hundían en las sinuosidades del torrente, agitadas por los pies de la multitud, que presurosa le cruzaba, anunció la llegada de aquella gente, armada con espadas y palos, enviada por los príncipes de los sacerdotes y los ancianos del pueblo.

Judas Iscariote les había dado por señal:

—"El que yo besare, él mismo es; prendedle."

Aquellos malvados eran de la hez del pueblo; medio desnudos, todo su traje consistía en un jubón corto y sin mangas, del que pendían unas tiras recortadas, cayendo sobre las caderas al nacimiento del muslo, y un ceñidor de cuero le ajustaba á la cintura. Gente pequeña y robusta, con la tez tostada y cobriza, se asemejaban á los esclavos de las fronteras de Egipto.

—¿Dónde está Jesús Nazareno? preguntaban á voces.

Jesús se adelantó dulce y majestuoso, diciéndoles:

—Yo soy el que buscáis.

La multitud, ante su presencia, y al oír su palabra, retrocedió y cayó amontonada, como impulsada por una fuerza magnética. Pero el Señor permitió se recobrasen; y entonces, adelantándose Judas, le dijo:

—Dios te guarde, Maestro! Y lo besó....

Y uno de los que estaban con Jesús, alargando la mano, sacó su espada; é hiriendo á un siervo del pontífice, le cortó la oreja.

Entonces le dijo Jesús:

—Vuelve tu espada á su lugar; porque todos los que tomaren espada, á espada morirán.

Aquella gente armada se lanzó sobre nuestro Señor, le amarró las manos á la espalda, y atándole una cuerda al cuello, lo llevaron á través del Cedrón y por el fondo del valle, á entrar por la puerta Sterquillinia en Jerusalén, hasta casa de Anás, uno de los príncipes de los sacerdotes y suegro de Caifás.

Era cerca de la una de la noche.

La Controversia.

La flagelación.

Los instrumentos de que se sirvieron desde un principio para azotar al Salvador fueron varas; porque con ellas acostumbraban los magistrados romanos hacer azotar á los esclavos antes de que se les cortase la cabeza, y esta es la razón porque los lictores

llevaban un haz de varas, en cuyo centro se elevaba una hacha.

Pues bien, á los primeros golpes que dieron con ellas al Salvador, nos dice Isaías, que todo su delicado cuerpo apareció surcado con horribles contusiones, y que en fuerza de los golpes se puso hinchado y acardenalado; esto demuestra que los golpes descargaban sobre él sin medida, y que le herían con el mismo furor en la cabeza que en las espaldas, en los brazos que en las piernas, en los costados que en el pecho.

Así es, añade el mismo profeta, que á estos golpes no interrumpidos, se desgarran la piel; una sangre lívida mana de las heridas donde se había agolpado; la carne se descubre hasta llegar á lo vivo de tal modo, que en el cuerpo sagrado del Salvador no se ve ya parte alguna que esté sana; desde los pies hasta la cabeza, es todo él una horrible llaga.

La palabra de que se sirve San Mateo para designar las varas que usaron, significa *varas de hierro*. Así pues Job añade, que los verdugos se consideran como insultados por la paciencia inalterable de su víctima; que no pudiendo perdonarle que no estuviese cansado de sufrir cuando ellos estaban fatigados de atormentarle, inflamados con un nuevo furor, desgarraron sus espaldas, y el suelo quedó cubierto en torno suyo de pedazos de su piel y de su carne.

La brutalidad de estos monstruos no se satisface con tales excesos; ya no hay sitio donde herir, y sin embargo ellos hieren todavía; ellos hacen nuevas llagas sobre las llagas que habían hecho; ellos ahondan sobre las heridas ya sangrientas, otras heridas más anchas y más profundas, de manera que todos los músculos se rompen, todas las venas se abren, las carnes se desgarran, y pueden contarse todos su huesos.

¿Quién podría comprender, no digo explicar, los tormentos atroces que experimentó el Señor en este horrible suplicio á que fué sometido su cuerpo tan delicado?

¡Ay! entonces fué cuando nuestro amable Salvador se hizo verdaderamente el hombre de dolor, como lo había anunciado Isaías.

Es decir, que este es el hombre herido y afligido en todas las partes de su cuerpo inmaculado; el hombre sumergido en el dolor; el hombre que reúne en sí toda la amargura, todos los tormentos, todo el fuego del dolor, y por consiguiente el hombre de un dolor sin medida, sin ejemplo y sin comparación. ¡O amado Jesús, cuánto os ha costado mi pecado!

P. VENTURA RÁULICA.

La Coronación de Espinas.

El mal ejemplo de los que mandan es contagioso, porque desde luego es imitado por los que obedecen.

Los soldados del pretorio se persuadieron que Pilatos, su presidente, no había dado tantas veces á Jesucristo el título de *Rey de los Judíos*, sino por burla; y no fué necesario mas, dice San Juan Crisóstomo, para que, no contentos con haberle azotado y con haberle cubierto de heridas y de sangre, insultasen también esta soberanía que creían quimérica, vistiéndole con todas las insignias y tributándole todos los homenajes de un *Rey de burlas*.

Le despojan por segunda vez de sus vestiduras, le hacen sentar sobre una piedra figurando un trono, y principian á remedar en torno de Él las oficiocidades adulatoras de los cortesanos, que se disputan el honor de acercarse y de servir á su soberano.

¡Jamás fué la crueldad mas fecunda en ingeniosos artificios para saciar su ciego furor, que en la pasión de nuestro Señor Jesucristo! Ellos forman una trenza de varias ramas de cierto junco marino, que crece en abundancia en las costas del mar Rojo y cuyas espinas son largas, duras y agudas. Con estos espinos así tejidos, componen una horrible é ignominiosa diadema, no á manera de corona, sino en forma de casco, y se la ponen en la cabeza.

Concluidos estos preparativos, se arman de palos con que le clavan esta corona con violencia tal, que muy pronto las espinas atraviesan la piel, hieren el cráneo y penetran hasta el cerebro.

Algunas de ellas, de una longitud extraordinaria, desgarran los tejidos delicados de su cabeza, se abren paso al través de la frente, ó salen por las narices y el paladar, por los ojos y por los oídos, por las sienes y por las mejillas. La sangre corre por todas partes, los cabellos y la barba se inundan, todo su rostro se cubre de ella; de modo que, según la profecía de Isaías, *Jesús se pone desconocido y ni aun conserva la figura humana*.

La cabeza, y el cerebro en particular, son las partes mas delicadas del cuerpo humano; son el centro de las sensaciones mas delicadas. ¿Quién podrá, por consiguiente, no digo expresar, pero ni aun imaginar el dolor atroz, que esta coronación bárbara hizo sufrir á aquella adorable cabeza, herida así á un tiempo con la multitud de enormes espinas?

Ademas, la cabeza es la parte del cuerpo que mas relación tiene con el corazón: ella es el centro de los músculos, de los nervios, de las venas y de las arterias que se ramifican en todos los miembros, de modo que, la mas leve punzada que se haga en ella causa aturdimientos, desmayos y apoplejías. El dolor de esta coronación debió pues extenderse de la cabeza de Jesús á todo su cuerpo, y sentirse al mismo tiempo en toda su organización interior.

¡Oh escena de horror! Despues de haber sido el Salvador desgarrado exteriormente por los azotes con la mas bárbara crueldad, es atormentado interiormente hasta la médula de los huesos.

Aquí se verifica, de la manera mas sensible y mas perfecta, la profecía de Isaías, que dice: Que el Salvador debía hacerse el hombre de dolor, porque se había hecho el hombre de nuestra enfermedad y de nuestro pecado. Mas ¡ay! no solo es el hombre del dolor mas intenso, sino el hombre de la ignominia mas atroz y de la confusión mas profunda.

En efecto, para un rey cuya dignidad real se quería poner en ridículo, una corona de espinas exigía un manto ignominioso y un cetro ridículo.

Así pues, ellos le ponen en las espaldas, por manto real, un harapón asqueroso de vieja púrpura, como prueba de su extraña miseria: y por cetro, le ponen en sus manos fuertemente atadas una innoble caña, á fin de indicar, dice San Buenaventura, la vanidad de su título de rey y la fragilidad de su poder, y también para echarle en cara su ambición y su impotencia.

Finalmente, para que los homenajes y los respetos que se acostumbra tributar á los reyes fuesen conformes respecto á Jesucristo, á la corona, al cetro, y al manto que le cubria, los soldados se agrupan á su alrededor, é hincando primero la rodilla ante Él, aparentan adorarle como á una falsa divinidad, burlándose de este modo de Él, por haber querido fingirse el verdadero Dios. Despues, en medio de risas inmoderadas y de jestos insultantes, le hacen reverencias ridículas, y le saludan irónicamente, diciéndole:—*Dios te salve, Rey de los judíos*.

Durante esta escena, unos arrojaban á su rostro impuras salibas, otros descargaban en sus mejillas

enormes bofetadas; estos le arrancaban la barba y los cabellos, aquellos le herían con los puños ó con los pies; otros, en fin, le arrebatában la caña de las manos, y se servían de ella para clavarle mas las espinas, y renovarle así todos los dolores, desgarrando sus heridas.

¡Oh escena de compasión y de horror; al mismo tiempo! ¡oh inocencia, oh majestad del Hijo del verdadero Rey del universo, escarnecida y despreciada!

¡Ah! ¿De qué guarida han salido esas bestias feroces? ¿en qué escuela han aprendido invenciones tan bárbaras?

VENTURA RÁULICA.

Ecce Homo!

FRAGMENTO.

¿Quién, puro luminar de la mañana,
Ofuscó el brillo de tus rayos bellos?

¿Quién se atrevió á poner la mano impia
En tus benditos y sagrados miembros?

A Tí, supremo Juez, Rey soberano,

¡Ay! ¿quién te sentenció cual vulgar reo?

¿Quién? ¡Lo pregunto yo, Dios poderoso!

Mi soberbia y mi maldad tus jueces fueron;

Y mi debilidad baja é hipócrita

Lavó sus manos y firmó el proceso.

El confuso tropel de mis pasiones

Es ¡oh que horror! el populacho ébrio.

Contéplale á tus pies, como se agita

El *crucifije cum* con furor rugiendo.....

Deja te arranque la irrisoria caña

Y ponga en su lugar del mundo el cetro;

Y al reemplazar esa manchada púrpura,

Te vista el regio manto de tus glorias.

Las inmundas salibas que te ensucian

Permíteme limpiar con mis cabellos;

Y quitar á tu frente las espinas,

Restañando la sangre con mis besos.

AURORA LISTA.

Sentencia de Pilatos contra Jesucristo.

Respetada de las vicisitudes de los tiempos, se halló el año de 1580, en la ciudad de Aquila, del reino de Nápoles, una copia escrita en pergamino, de la sentencia que el gobernador romano, Poncio Pilatos, pronunció contra nuestro señor Jesucristo. De este curioso documento existe copia literal en el archivo de la Real Academia de la Historia en España, de donde á su vez sacó un trasunto el señor don León Carbonero y Sol, para publicarle en el cuaderno de abril de 1880 de su antiguo y acreditado periódico *La Cruz*, de Madrid.

De ahí le tomamos nosotros hoy para darle á conocer á nuestros lectores. Dice así:

“El año XIX de Tiberio César, emperador romano, de todo el mundo monarca invencible; en la Olimpiada CXXI, y en la Eliade XXIV, y en la creación del mundo, según el número y comportamiento de los hebreos, cuatro veces mil ciento ochenta y siete, y de la progenie del romano imperio el año LXXIII, y de la liberación de la servidumbre de Babilonia el año de MCCVII; siendo gobernador de Judea Quinto Servio, so el regimiento y gobierno de la ciudad de Hierusalem, presidente gratisimo Poncio Pilatos; regente de la baja Galilea, Herodes Antipa; pontífice del sumo sacerdocio, Caiphàs; Alis Amael Magni, del templo Roban Anchabel, Franchino Centaurio; cón-

sules romanos, y de la ciudad de Hierusalem, Quinto Cornelio Sublima y Sexto Pompilio Rusto; en el mes de Marzo, el día 25 de él:

“Yo, Poncio Pilato, aquí presidente del imperio romano, dentro del palacio de la archi-residencia, juzgo, condeno y sentencio á muerte á Jesús, llamado de la plebe Cristo Nazareno, y de patria Galileo, hombre sedicioso de la ley Moisená, contrario al grande emperador Tiberio César. Determino y pronuncio por está que su muerte sea en cruz, fijado con clavos á usanza de reos; porque aquí congregando y juntando muchos hombres ricos y pobres, no ha cesado de remover tumultos por toda la Judea, haciéndose hijo de Dios, rey de Israel, con amenazarles la ruina de Hierusalem y del sacro templo, negando el tributo á César, habiendo tenido aun atrevimiento de entrar con ramos y triunfos y con parte de la plebe dentro de la ciudad de Hierusalem y en el sacro templo. Y mando que se lleve por la ciudad de Hierusalem á Jesucristo ligado y azotado, y que sea vestido de púrpura y coronado de algunas espinas, con la propia cruz en los hombros, para que sea ejemplo á todos los malhechores; y con él, que sean llevados dos ladrones homicidas; y saldrán por la puerta Jagarda, ahora Antoniana, y que se lleve á Jesús al público Monte de justicia, llamado Calvario, donde él crucificado y muerto, quede el cuerpo en la cruz como espectáculo á todos los malvados, y que sobre la cruz sea puesto el título en tres lenguas, hebrea, griega y latina (*Jesus Nazarenus Rex Judeorum.*)”

“Mando asimismo, que ninguno, de cualquier estado ó calidad, se atreva temerariamente á impedir la tal justicia por mí mandada, administrada y ejecutada con todo rigor, según los decretos y leyes romanas y hebreas, so pena de rebelión al imperio romano.—Testigos de nuestra sentencia.—Por las doce tribus de Israel: Rabbaim Daniel, Rabbaim Joannim, Bonicar, Barbarsu, Labi, Petuculani.—Por los fariseos: Bullia, Simeon, Ronol, Rabbani, Mondaani, Boncurfossi.—Por los hebreos: Nitamberta.—Por el imperio y presidente de Roma, Lucio Sextilo, Amasso Chilío.”

El célebre jurisconsulto francés, Mr. Dupin, refutando la obra sobre la *Vida de Jesús* de M. Salvador, escritor israelita, escribió un estenso y erudito capítulo, titulado, *Juicio y condenación de Jesús*, en el cual, después de haber analizado con severo criterio todas las leyes de los procedimientos judiciales, así de los hebreos como de los romanos, prueba evidentemente, que por haberse infringido todas ellas en el proceso seguido á Jesucristo, la sentencia que le condenó á morir en la cruz fué de todo punto ilegal, y por añadidura notoriamente injusta, inhumana y cruel.

“Tenemos la prueba judicial y legal, dice el señor Dupin al fin de su capítulo-citado, de que Jesús fué víctima de una acusación política, y que padeció por el crimen imaginario de haber querido atentar contra el poder del César, diciéndose rey de los judíos. Acusación absurda, á la cual nunca dieron crédito ni Pilatos, ni los mismos príncipes de los sacerdotes, ni los fariseos, puesto que no trataron de ella en casa de Caifás; acusación improvisada por aquellos hipócritas en presencia de Pilatos, cuando creyeron necesario excitar el celo político de aquel funcionario con estas terribles palabras: *Si dejas libre á este (hombre), no eres amigo del César.*”

Así ha sucedido en efecto, y solo faltó agregar al distinguido escritor francés, que muchos sucesores de los judíos deicidas y de los Pilatos, han continuado en la tarea de fraguar á veces falsas y aún absurdas acusaciones políticas, para condenar á los ministros de Jesucristo en la tierra.

La prueba del supuesto delito porque fué condena-

do Jesucristo, resulta del mismo extracto de la sentencia. Era entonces una costumbre, que todavía se halla en vigor, tomada de la jurisprudencia romana, fijar por encima de la cabeza de los condenados un cartel con el sumario de la sentencia, para que el pueblo supiera el delito por qué habían sido ajusticiados. El cartel que se fijó sobre la cruz contenía estas palabras: *Jesús Nazareno Rey de los Judíos.*

Aun considerado nuestro divino Redentor como un simple ciudadano, no fué juzgado conforme á las leyes, ni con arreglo á las formas legales.

"Dios en sus designios eternos, concluye Mr. Dupin, ha podido permitir, que el justo sucumbiese bajo la malicia de los hombres; pero al menos, ha querido que fuese ofendiendo todas las leyes, conculcando todas las reglas establecidas, y por el desprecio absoluto de todas las formas, fuese el primer indicio de la manifiesta violación del derecho."

A cualquiera parecerá estar leyendo un juicio crítico sobre las persecuciones contra la Iglesia.

El Eco de la Religión.

Reliquias de la Pasión.

He aquí donde, según leímos ha tiempo en el *Messenger du Midi*, se conservan las principales reliquias de la Pasión de nuestro Señor Jesucristo:

1° *La Cruz.* Los mayores fragmentos de ella se hallan en la basílica denominada Santa Cruz de Jerusalén, en Roma, y en la catedral de París.

2° *La inscripción de la Cruz.* La tablilla en que está la conocida inscripción I. N. R. I. (Jesús Nazareno, Rex Judaeorum) se conserva en la basílica de Santa Cruz de Jerusalén, en Roma.

3° *La corona de espinas.* Forma parte de la colección de reliquias de la iglesia de Nuestra Señora de París, pero sin las espinas, las cuales se han concedido á gran número de iglesias. Esta reliquia, con los fragmentos de la Cruz, figura, llevada por doce canónigos y curas párrocos de París, en la procesión solemne del Viernes Santo en la iglesia de Nuestra Señora. La iglesia de Sain-Sernin, de Tolosa, posee un fragmento de la corona, el cual le fué donado por San Luis, por conducto de su hermano Alfonso, conde de Poitiers y de Tolosa.

4° *Los clavos.* El primero, según refiere la historia, lo arrojó Santa Elena en el mar Adriático, á fin de calmar las tempestades; el segundo forma parte de la célebre corona de hierro de los antiguos reyes lombardos; el tercero se guarda en la iglesia de Nuestra Señora de París.

5° *La esponja.* Se conserva en Roma, en la basílica de San Juan de Letrán.

6° *La lanza.* La punta se halla en París y el resto en Roma.

7° *La vestidura.* La donó Santa Elena á la iglesia de Tréveris.

8° *La túnica.* Carlomagno la donó al monasterio de Argenteuil, situado cerca de París, al cual pertenecía la hermana de ese emperador. Hoy posee esta reliquia la iglesia de Argenteuil.

9° *Las diversas partes del sudario.* La más importante, por su dimensión, se halla en Turín. La iglesia de Cadouin, en el departamento del Dordoña, posee la parte del sudario que cubrió la cabeza del Divino Redentor.

10° Roma posee el lienzo con que Santa Verónica enjugó el rostro de Nuestro Señor Jesucristo.

11° La parte superior de la columna en que el Salvador fué azotado, se conserva en Roma, en la iglesia de Santa Práxedes, desde el año 1223. El resto se halla en Jerusalén, en la iglesia del Santo sepulcro.

La Controversia.

¡Padre mio, perdónales.....!

¡Vedle en la cruz!... de Dios la sacra esencia
Brilla en su frente!... Es su mirada pura
Un poema de llanto y de tristura,
Una historia de amor y de inocencia.

¡Vedle en la cruz! La humana inteligencia
No alcanza á comprender tanta amargura:
Silencio!... el labio mueve... ya murmura
De sus verdugos la fatal sentencia.

—“Perdónales, perdónales, exclama,
No saben lo que hacen, Padre mio.”

¡Sublime abnegación! ¡Amor profundo!

E inclinando la frente, como rama
Tierna que abate el vendaval bravío,
Muere Jesús por redimir al mundo!—G. A. P. B.

Los dos ladrones.

¡Cuán diferente es el fin de los dos criminales crucificados con Jesucristo!

En tanto que el arrepentimiento abre el Paraíso al buen ladrón, la ceguedad voluntaria, la obstinación, el endurecimiento y la impenitencia dilatan los abismos del infierno para recibir al ladrón blasfemo, sordo á las exhortaciones de su compañero, insensible al ejemplo de su conversión, endurecido contra las flechas amorosas y las suaves palabras de Jesucristo, despreciador de la gracia que el Salvador le ofrece y de que el buen ladrón se aprovecha á su misma vista. Él vivió impenitente, y muere con la blasfemia en los labios.

¡Gran Dios, cuán terribles son vuestros juicios! Ved aquí dos hombres crucificados en compañía de Jesucristo; los dos igualmente criminales, los dos pecadores, los dos testigos de la paciencia y de la mansedumbre del Redentor; los dos asociados á su sacrificio, comprendidos en su oración, rociados con su sangre; y sin embargo el uno se convierte y se salva, y el otro se endurece y se pierde.

¡Y en qué tiempo, y en qué lugar se condena el desventurado! En el día mismo en que la gracia corre á torrentes sobre la tierra; en el día de la más grande misericordia, de la más escesiva bondad de Dios para con los hombres; á un paso de distancia de la cruz de Jesucristo, en torno de la cual todo respira perdón y amor; si, él se pierde junto al árbol de la vida, donde no necesita más que estender la mano para coger el fruto, cuando las llegas del Salvador son otros tantos asilos abiertos para recibirle, y cuando el Hombre-Dios muere por salvarle.

¡Ay! ¡quién no temblará! Si el ejemplo del buen ladrón se nos ofrece para que ninguno se abandone á la desesperación, el del mal ladrón se nos da para que ninguno se deje cegar por la presunción. Si el primero nos muestra que el mayor pecador puede convertirse en un instante, el segundo nos hace ver que podemos perecer aun con las condiciones más felices para salvarnos.

¡Ejemplo terrible que no podrá meditararse demasiado! Si podemos parecer cuando oímos la voz de Jesucristo, cuando este tierno Salvador nos pone, por decirlo así, su gracia en las manos sin que necesitemos ir á buscarla, ¿qué será si esta voz divina llega á enmudecer, si esta gracia por tanto tiempo despreciada se retira y se oculta?

Si puede el hombre perecer en el Calvario mismo, en el santuario de la divina misericordia, y por decirlo así, en los brazos mismos de Jesucristo, ¿qué será de aquellos que, sumergidos en la corrupción y en los escándalos del siglo, frecuentan los lugares públicos

más que los lugares de retiro, los teatros más que las iglesias, y los festines más que los sacramentos?

Si puede el hombre perecer junto á la cruz, ¿qué será de los que, no solo viven retirados de ella, sino que pertenecen á esa clase de cristianos de que habla S. Pablo, que por su molicie y su libertinaje, manifiestan en sí mismos una enemistad profunda, una horrible oposición á la cruz?

P. V. RAULICA.

Descendimiento de Jesús.

La flor de Nazareth había inclinado ya sobre su tallo su lánguida cabeza.

El autor de la vida había sufrido voluntariamente la muerte mas cruel. Jesucristo había consumado ya el grande el incomprendible misterio de su caridad y de nuestra salvación. De su corazón amoroso, atravesado de parte á parte por una lanza cruel; del seno del nuevo Adán, que dormía el sueño de la muerte, había nacido ya purificada en su sangre, cubierta del rocío de su gracia y rica con sus méritos la nueva Eva, brillante y gloriosa, la Iglesia.

Sin embargo, ninguno de sus opóstoles, aterrados por el miedo, se presenta para tributar los últimos deberes, al cuerpo de su Maestro: pero la divina Providencia dará este encargo á dos personajes, sobre los cuales los judíos no podrán formar la mas pequeña duda de fraude.

Uno de ellos fué José, originario de Arimatea, y vecino de Jerusalén, distinguido por la nobleza de su sangre y por sus riquezas, y condecorado con las mas altas dignidades, pues era uno de los setenta magistrados que componían el *Consejo Supremo de los ancianos del pueblo*. Era ademas uno de los diez senadores que, bajo el gobierno de los romanos, ejercían la mas ilimitada autoridad.

José de Arimatea era discípulo de Jesucristo, pero en secreto; no por cobardía, sino por esa prudencia evangélica que espera el tiempo oportuno, para manifestar en público la verdad y hacerla triunfar de sus adversarios.

En efecto, no solo no se habia asociado á los designios del Sanhedrin, sino que habia protestado contra la injusta condenación del Salvador. Esta es la razón por qué el Evangelio hace de él un elogio tan grande, llamándole "hombre sencillo y justo, que esperaba con una fé viva el reino de Dios y la Redención del mundo."

El generoso Nicodemus se asocia al intrépido José en este piadoso deber. Él lleva como cien libras de una composición exquisita de mirra y de aloe, para embalsamar, según costumbre, el cuerpo del Señor.

Nicodemus es aquel personaje distinguido, que en otro tiempo habia ido de noche en busca de Jesús, y le habia confesado por Hijo de Dios y Redentor del mundo con estas admirables palabras:—Maestro, nosotros sabemos que vos sois un doctor bajado del cielo y que habeis venido de Dios, porque no podríais hacer los prodigios que obráis, si Dios no estuviera en vos y con vos."

Pero así como Nicodemus dividía con José de Arimatea á los ojos de Dios la gloria de ser discípulo de Jesucristo, así también ante los hombres tenia como él la insigne distinción de ser miembro del Gran Consejo, príncipe y anciano del pueblo de Israel.

¡Oh Providencia Divina! ¡cuán admirable se muestra en los honores, de que quiso rodear los despojos mortales de su divino Hijo! Estos dos personajes, miembros de los mas ilustres, mas opulentos y mas influyentes, y sobre todo los únicos hombres de probidad y los únicos piadosos del Sanhedrin, se declaran abiertamente discípulos de Jesucristo despues de

su muerte, y tributan á su inocencia y á su divinidad un testimonio público y solemne!

A la vista de un pueblo inmenso y ébrio aun de cólera, suben á la cruz; no se avergüenzan de ejercer personalmente las funciones propias de los verdugos, bajando con sus propias manos al Crucificado; no temen incurrir en la impureza legal, siendo así que la ley declaraba manchado al que tocase un cadaver, pues sabían que el cuerpo de Jesucristo, lejos de producir impureza, la borra; lejos de manchar la carne, purifica el alma.

Esos hombres magnánimos ¡con qué sentimientos de ternura y de respeto, con cuánta modestia y recogimiento, con cuánta devoción y piedad extienden sus manos puras, para tocar el cuerpo inmaculado de Jesucristo!

Nicodemus, dice San Bernardo, quita los clavos y José de Arimatea recibió el cuerpo sagrado en sus brazos, y dichoso con tan preciosa carga, lo baja por la escalera, estrechándolo contra su corazón.

María Santísima asistió á este acto de piedad y de religión con el corazón atravesado por la espada del dolor; pero con la frente serena, el semblante tranquilo y majestuoso, la actitud sublime, como convenía á la Madre de Dios.

De pié, al lado de la cruz, dicen los intérpretes, recibió primeramente la corona y los clavos, que atravesaron cruelmente la carne de aquel Hijo tan amado de su corazón: despues recibió en sus brazos aquel cuerpo adorable, y le colocó en el mismo seno virginal que le habia lactado. Despues, absorta en tan sublimes misterios, y como en el éxtasis del dolor, estrecha contra su seno la prenda tan amada de sus castas entrañas, y la ofrece al Padre Eterno por la salvación de todos los hombres.

Juan, el discípulo amado, reclinó por segunda vez su cabeza virginal en aquel divino pecho, santuario del amor infinito, sobre el que habia tenido la dicha de reposar la víspera, y de donde habia recibido tantos secretos y tan celestiales delicias.

Magdalena tomó en sus manos, regó con lágrimas y cubrió de piadosos besos aquellos pies divinos, ya inmóviles, de los que habia recibido en otro tiempo tanta contrición, tanta gracia, tanta paz y tanto amor.

En una palabra, todas las personas santas y devotas presentes en esta triste ceremonia, las santas mujeres, el Centurión y sus soldados convertidos, se apresuraron á porfía á tocar con respetuosa ternura aquella carne divina, de la que emanan un perfume y una virtud inefables, que infunden el consuelo y la paz en todas las almas

P. V. RAULICA.

A la Soledad de María.

ORACION POR LA IGLESIA.

(FRAGMENTO.)

Oh tú, Madre idolatrada,
A quien la tristeza inmola;
Tú, María inmaculada,
Que padeciste apoyada
En la Cruz, trémula y sola.
Deja que mi débil canto
Te acompañe en tu quebranto,
Y encuentre vida y ternura,
Grande como tu amargura
Y dulce como tu llanto.
¡Pobre Madre! Tú le viste
Con el suplicio cargado;
Tú la montaña subiste,
Y al pié de la Cruz caíste
Con el pecho desgarrado.

Tú escuchaste el ronco son

Del martillo, al horadar
Fibras de tu corazón. . . .
Y le escuchaste implorar
Perdón. . . . ¡Y siempre perdón!

Tú viste de sangre rojos
Sus terrenales despojos;
Y miraste en su agonía,
Que el orbe se oscurecía
Al apagarse sus ojos. . . .

Luego le viste bajar
De horribles heridas lleno,
Y aun le pudiste estrechar
Contra el irritado mar
Que palpitaba en tu seno.

Como en tiempo ya perdido
Pero tranquilo y riante,
En que, por el gozo henchido,
Besó su boca tu frente
O le arrullaste dormido.

¿Cómo expresar tus pesares
Con el pobre acento mío,
Si son mis tristes cantares
Débil gota de rocío
Que pierde el alba en los mares?

No, Madre; me infunde pena
Tu soledad. . . ., me da miedo
El dolor que te enajena:

¡Mi alma está de amores llena,
Pero expresarlos no puedo!

Yo sé bien que tu agonía
Y tu martirio sublime
Se endulzaron, ¡Madre mía!
Porque el Hijo que moría
Murió por lo que redime. . . .

Y cada sangrienta gota
Que el Mártir sagrado vierte,
Y en el Calvario rebota,
Es una vida que flota
Sobre el pecado y la muerte.

¡Ah! Pues déjame rogar
Al lado del triste altar
Donde tu imagen se vé. . . .
Yo tu angustia endulzaré
Como la puede endulzar. . . .

Mas contempla, Virgen pura,
La soledad, la amargura
De la Iglesia sacrosanta
Que hoy, á tu divina planta,
Rezoes de dolor murmura.

Y, pues tan sola te viste,
No la dejes sin consuelo,
Ya que tú no lo tuviste.
¡Ella está como tú, triste
Y abandonada en su duelo !.....

Allá, sin horas serenas,
Por las colinas amenas
Que el Tíber baña, se advierte
Entre rugidos de muerte
El chocar de las cadenas.

Ten, ¡oh Madre!, compasión;
Brille de nuevo la luz
De la humana redención.
¡Que hay quien sufre otra pasión
Solo...y al pié de la Cruz...!

Y su padecer profundo
No encuentra reposo grato,
Que ve en su afán infecundo,
En cada hijo...un ingrato,
Y un desierto en todo el mundo....

Tú sola la mensajera
De amor celestial y eterno
Puedes ser en lid tan fiera,

Y hacer que la primavera
Surja del helado invierno.....

Y lo harás; los sinsabores
Huirán á tu voz clemente,
Y entre santos esplendores
Brotarán luces y flores
En las sombras de Occidente.....

JOSÉ MARÍA DE ORTEGA MOREJÓN.

Oficios solemnes

DE LA SEMANA SANTA EN ESTA CAPITAL.

Domingo de Ramos.—A las seis de la mañana, se celebran los sagrados oficios en las dos parroquias urbanas. En la de la Merced, la procesión sale de la iglesia filial de Remedios; y en la de Santo Domingo la procesión sale del Calvario.

A las ocho y media, comienzan los oficios de la Catedral, cuya procesión viene de la iglesia de San José.

Tanto en la Catedral como en ambas parroquias, se predicará por la tarde á la hora acostumbrada.

Martes Santo.—En la Catedral, á la cinco de la tarde se hace la procesión de San Pedro por las naves de la iglesia, con asistencia del Cabildo Eclesiástico y del Seminario: sigue el sermón, que será predicado por el señor Canónigo de Gracia, y se termina con el canto del *Miserere*.

Miércoles Santo.—Se celebra la solemne función de Jesús Nazareno en la parroquia de la Merced: por la mañana, se canta la misa solemne á las ocho; y por la tarde hay sermón y procesión con la sagrada imagen por las calles de la ciudad.

Jueves Santo.—Se comienzan los oficios solemnes de la Catedral á las ocho y media de la mañana; y los de la Merced, Santo Domingo, el Calvario Concepción y Candelaria á las seis y media de la mañana.

A las dos de la tarde, tiene lugar el *Mandato* en la Catedral, cuyo sermón predicará el señor Canónigo Teólogo. A la misma hora se celebra en las otras iglesias, en las que también hay sermón.

Desde la conclusión de los oficios, comienzan las estaciones ó visitas á los monumentos, que deben hacerse con el mayor recogimiento, pues recuerdan la sepultura del Divino Redentor.

La estación que hace el Cabildo y el Clero tiene lugar á las cinco de la tarde.

A las nueve de la noche concluyen todas, pues á esa hora deben cerrarse todos los templos.

El Viérnes Santo se celebran los oficios, en las mismas iglesias y á las mismas horas que el día anterior.

A las once de la mañana hay sermón en la iglesia de San Esteban, despues del cual sale la procesión de Jesús con la cruz, que llega hasta el Calvario. En toda su carrera, que es la *calle de la amargura*, se va rezando y haciendo las estaciones del *Via Crucis*.

Poco tiempo despues de haber llegado la procesión al Calvario, tiene lugar el sermón del descendimiento y despues la procesión del *Santo Entierro*.

A las dos de la tarde, le señor Canónigo Penitenciario predicará en la Catedral el *sermón de pasión*, con asistencia del Cabildo y del Colegio Seminario. Despues del cual se canta el *Vexila* y se comienza el coro.

Cuando la procesión del Sto. Entierro ha regresado ya al Calvario, comienza la de la Santísima Virgen de Soledad que viene á la Catedral, donde predicará el Sr. Canónigo Tesorero y se cantará el *Stabat Mater*.

El Sábado Santo los oficios comienzan tanto en la Catedral como en las parroquias á las seis de la mañana: por la tarde se hace en dichas iglesias el *pésame* á la Santísima Virgen, con sermón, oraciones y cantos apropiados.

San Salvador.—Imprenta de El Cometa, plaza de San José N. 28.